

Juan Montaña Quiroga



Juan Montaña Quiroga (1923 - ?). Trabajador gráfico, Investigador de Historia, Poeta y Narrador. Nacido y radicado en Oruro por casi toda su existencia; a causa de su delicada salud, fijó su residencia en la ciudad de Santa Cruz, donde falleció al finalizar la década de los años 80.

Hombres de costumbres sencillas, Juan Montaña fue miembro de organizaciones de intelectuales y círculos de estudio, como el "Estro Altiplánico" y el "Centro Boliviano Esperantista".

Como contribución a la bibliografía nacional, ha publicado: "Cancionero Patriótico y Latinoamericano" (1959); "Cuentos sin importancia" (1963) y ha dejado inéditos, un poemario sentimental y su ensayo interpretativo del significado histórico de la denominación de calles, plazas, parques, escuelas y otras instituciones de la ciudad de Oruro.

La muerte del poeta (Cuento)

Un cuarto pobre, construido de adobes, cuyo interior hállase mal revocado con estuco de inferior calidad al Punto que por retazos se va desprendiendo como si niños traviosos lo ocasionaran en su diario jugar. A flor de piso, los ratones, asiduos visitantes de la habitación, tenían abiertas numerosos agujeros que no honraban ciertamente la vivienda. El piso era asimismo de adobes de tierra blanda, mal colocados, lo que ocasionaba que al andar se desprendiera mucho polvo. Sobre unos pocos muebles desvencijados, dormían la siesta varios libros, unos roídos en sus bordes por los ratones y otros envejecidos por el uso. El techo estaba construido de paja con unas cuantas tejas, rotas unas y sanas otras, al borde. Tal era el refugio del poeta.

Sin mayores necesidades que la de dar libre expresión a su lira, vivía el vate feliz en la casucha produciendo los más bellones poemas que pudiera imaginar, el mundo circundante. Y no debía ser anónima esa producción, porque después, a poco de conocida, ella era premiada y editada por libreros ansiosos de obtener utilidades. Así vieron la luz y alcanzaron renombre los poemas del bardo, impresos en voluminosos tonos, bien presentados.

A instancias de sus amigos, el vate cambia entonces de vivienda, yéndose a ocupar una pieza en un lugar céntrico de la ciudad, que, si no lujosa, era decorosa en su presentación. Allí se toma un descanso prolongado, matizado por

reuniones, conversaciones y distracciones con amigos. Mas, pasado un tiempo, cree llegada la hora de reanudar sus trabajos literarios. Y se pone a la obra.

Caso raro, anómalo, exasperante. El poeta no acierta ya a hacer vibrar su sensibilidad en la gama de sus anteriores producciones; su inspiración parece adormecida, y su lenguaje mismo resulta sin pulimento. De su estro ya no fluye ningún bello poema. ¿Qué ocurría? Misterio. Entonces, su alma desencantada comienza a naufragar en la melancolía, el aburrimiento y el odio a la vida. Advierte que es un fracasado y que su existencia rueda por un camino árido que no puede conducir sino a la sima.

Como para hacer marco a su dolor y a su desesperanza, está encima el invierno. Los árboles se han despojado completamente de sus hojas que ruedan por el suelo mustias y amarillas; los niños concurren a clases tiritantes de frío, con gruesas bufandas en el cuello y ropa de lana encima; los jardines están desprovistos de flores; y todo, hasta las piedras, parecen sentir el rigor dictatorial de las heladas. Y es mirando esta derrota vital que al bardo afligido se acuerda de París, donde llegara en sus años mozos. Rememora, y las pupilas vuelven a reflejar las figuras de las vampiras nocturnas, que en los alegres cafetines, donde acuden escritores, pintores y poetas, pueblan de alegría, risas y deleites el ambiente. Allí aparecen las bailarinas orientales, de ademanes misteriosos, que embelesa el alma y que están cubiertas apenas de débiles y sensitivos tules. Oh, qué linda época aquella, romántica y

romancera.

Sentado en un sillón, en su habitación, el poeta sigue haciendo divagar su imaginación y su pensamiento. Compara lo de ayer con lo de hoy. ¡Cuánto se ha metalizado la vida! Las mujeres hoy son alegres o dicharacheras de conveniencia; la música tiene sonos espúreos, los libros tratan de temas rasantemente materiales; el sentimiento altruista ha desaparecido; el humanismo no existe. Todo lo mejor: el capital cultural del pasado, la nobleza de espíritu, la fraternidad, el amor al arte, todo está en naufragio. Y en cambio, los impulsos inferiores, los instintos cavernarios, hacen furor.

Un instante más y el vate se incorpora de su asiento. Tiene la faz encogida por un rictus de decepción profunda, Levanta un libro, luego otro, y todo le parece desilusionante; los temas, la forma, el formato. Reune entonces, como mecánicamente, los tomos y los va amontonando en el centro de la habitación. Rocía luego la pira con un poco de kerosene que tiene por ahí. Coloca un disco de Beethoven en la radiola, que comienza su cadencia sublime. Prende fuego entonces al material combustible, y metiéndose rápidamente en el baño comienza a cortarse las venas. Toda una escenografía terrible dispuesta por manos de poeta. No tarda mucho, y la sangre del suicida se confunde con el agua, tiñéndola de rojo, entretanto que la víctima agoniza lejos de la vista del mundo incomprensivo y vasto. Su gesto es como de desafío al destino, al que parece decir que el artista está llamado a morir "con arte" cuando quiere.

(Del libro: *Cuentos sin importancia*).